

EL SUEÑO DE UN HOMBRE CLAVE

Eva Hibernia

Un hombre está sentado en su sillón, en zapatillas de casa, con una taza de café en la mesita y con las gafas bien ajustadas para leer su periódico. Aparece un lobo y se sienta en el sillón de enfrente. El hombre le va dando las zapatillas, las gafas, el periódico... El lobo bebe el café del otro muy a gusto.

Hombre: No te lo vas a creer, pero estoy en plena siesta y sueño que viene un lobo a mi casa. Es un lobo muy amable, muy respetable, me recuerda a mi abuelo. Le pregunto si es de por aquí, si tiene casa en Sanabria, si nos conocemos de alguna *vernissage* de la concejalía. Yo es que bebo dos vinos y se me olvidan las caras, le digo. El lobo me contesta que sí, que nos conocemos desde hace mucho, “además salgo en todos los informes que esos ecologistas dejan encima de la mesa de tu despacho”, apostilla. ¿Conoces a esos pesados? Le pregunto. ¿Más café? Me dice.

Lobo: ¿Por qué no? Otro café.

Hombre: Y llama a mi esposa que viene con la cafetera y lo reconoce enseguida. Cariño, le dice al lobo, te he estado esperando hace tanto tiempo, menos mal que has venido. Y le da un beso impresionante. Yo, por discreción, me quito las gafas. El lobo las toma, mira a través de ellas y le dice a mi esposa, no me extraña que este hombre sea un imbécil, no sabe ver más allá de sus narices. Mi esposa tira las gafas al suelo, las pisa con saña y declara que se acabó. Me obligan a recoger los cristales y a metérmelos en los bolsillos. Apechuga con tus decisiones, me dice Conchi. ¡Pero Conchi!, le digo, lo hice por ti, lo hice por los niños. Mis hijos aparecen de repente. Lloran. No quieren perder a su padre, presumo. Pero

presumo mal. Abrazan al lobo y le llaman “papá”, menos mal que eres tú nuestro papá, estábamos hartos de este depredador sin alma. Le cuentan mil afrentas que yo no recuerdo. Dicen que he envenenado sus aguas, ¡yo! ¿pero cómo iba a dejar yo que mis hijos bebieran aguas envenenadas? Le dicen que he matado a su madre y la he despellejado viva sacando de sus huesos toneladas de wolframio y estaño. ¡Pero Conchi! -le digo a mi esposa- no estás muerta, solo un poco horadada! Además, que me lo pidieron de la Unión Europea, es un asunto estratégico, Conchi, no soy yo, pobre de mí, es la mismísima Unión Europea la que puso la pluma en mi mano y firmé porque tenía que firmar. Mis hijos lloran y hablan de explosiones, de desmoronamientos en la casa, ya no pueden andar por el pasillo sin caer por un terraplén que antes no estaba, cada vez que van al baño millones de pájaros muertos caen sobre sus cabezas. El lobo a todos consuela, para todos tiene un gesto amable, menos para mí. Me mira con una decepción infinita. Me siento ridículo. ¿Sabe?, le digo con mi mejor francés, en otro tiempo yo esto lo arreglaba con una escopeta. Tengo la esperanza de que vuelva a ponerse a cuatro patas y que esconda la cola entre ellas, que entre en razón, vamos. Pero qué va, sigue mirándome con esa inteligencia llena de reproche y me dice.

Lobo: No hace falta que te pegues un tiro, Honorio, si no te va a llorar ni tu secretaria. Anda, coge el periódico y vete a la pesadilla que has creado.

Hombre: Exacto. Así pues, me voy a la pesadilla, con el periódico debajo del brazo. La sierra de la Culebra ya no está allí. Los abedules todavía gritan, ¿tú sabes que los árboles gritan cuando los arrancan de cuajo? Yo no lo sabía. Es un grito inamovible, como sus raíces. Ahora yo camino por la escombrera, hundo mis pies en restos de sulfuro, de escorias que me hieren y me carcomen. Recuerdo aquellos cócteles de las *vernissages*, era todo tan elegante..., por Dios, ¿qué nos ha pasado? ¡Unión Europea sálvame! grito mientras pienso en quién cobrará ahora mi sueldo. Y abro el periódico, es lo único que me queda de aquel tiempo. En la

primera plana está mi nombre cubierto de escupitajos. Y pienso que mi abuelo tenía razón cuando decía que un hombre era su nombre y lo que había hecho con él. ¿Dónde he puesto mi nombre? Entonces pienso que he de despertarme y rescatar mi nombre de las decisiones que no pueden albergar vida. Le confieso que tengo miedo de que sea tarde.